

En el segundo, se dirige a lo oscuro para el entendimiento, la trascendencia a la cual convida la «oscura pradera», tras la cual lo sensorialmente accesible deja de ser: la «noche oscura del sentido», como preparación para la visión:

La oscura lucha con el pez concluye;
su boca finge de la noche orilla.

(*Pez nocturno*, p. 56).

Me aduermo, que la sombra fleche
lo que es mi ser y lo que está flechado,
golpe o bostezo, luz o sombra que madura.

(*Ahora que estoy*, p. 57).

La caverna lezamiana no es por completo la original caverna platónica, tal y como es caracterizada en *La República*. La cosmovisión cristiana transforma la noción de lo inteligible y permite interpretaciones flexibles del contraste entre luz y sombra. El paso de Santa Teresa al echar el ídolo al río es obra de amor sensorial aunque casto que abre las puertas a la claridad de visión y al amor de Dios, que obliga a romper con el sensorial puro. En el ascenso, la premisa se niega a sí misma. El pasaje de donde toma Lezama la idea, describe el poder del Eros para matar sus formas interiores y dar paso al ágape²⁴: el clérigo pecador confiesa por afecto a la joven Teresa su doble falta: violar el celibato y portar objetos de hechicería, doble encadenamiento, pues a lo sensorial que el Eros comienza a romper al expresarlos mediante el Verbo, y entrega el fetiche, tras lo cual:

...comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años; y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla²⁵.

Un paso para salir de la caverna despierta la memoria que conduce a aborrecer la caverna:

Flor especial en noche eterna crece,
cerca al rocío, ángel de la tierra.
Y así en enojos al barro se decrece.
Sólo el fuego libera si se encierra
y sin buscar el fuego, palidece.

(*A Santa Teresa...*, p. 59).

Se trata de la sabiduría heracliteana, iluminando la caverna platónica. Sí, ¿por qué no habría de serlo? Si entre Heráclito y Platón no existen contradicciones esenciales. En el *Timeo*, Platón establece el fuego y la tierra como los elementos originarios, entre los cuales tuvieron que ser intercalados aire y agua por el Demiurgo²⁶. Para Platón el fuego comunica a las cosas la cualidad visible, séalo o no él mismo.

En estas dos cosmologías basadas en la transmutación recíproca de los elementos, pero en un orden, las diferencias en cuanto a aspectos particulares no resultan decisivas al menos para comprender a Lezama, quien asimila a ambos en uno. El juego entre barro y fuego es más que una coincidencia. Pero es también la luz que puede

²⁴ «Vida de Santa Teresa de Jesús escrita por ella misma», cap. 5, págs. 2-3. En: Obras. Apostolado de la Prensa, S.A., Madrid, 1951, págs. 27-30.

²⁵ Santa Teresa de Jesús: Op. cit., pág. 29.

²⁶ Véase Platón: «Timeo o de la naturaleza», en Obras. E.D.A.G.

mantenerse encendida en la caverna y liberar al inducir al prisionero a la búsqueda de la luz. Hay, en varias ocasiones a lo largo de *Enemigo rumor*, un tono, un empleo de símbolos y sentidos, evocador de *Muerte de Narciso*. Pocas veces empero se hace más claro que en «Comienzo del humo». El humo del fuego aprisionado conduce a dos posibilidades: escapar de él (emerger de la caverna) o morir asfixiado por él. La imagen de las abejas espantadas por el humo recuerda las abejas que «muerden la estela, pidenle el costado», la abeja-alma de los órficos, emanada por la divinidad de los órficos, principio que Lezama hizo suyo, que cae por no encontrar su dirección hacia el escape («flecha hacia atrás», que no trasciende). El alma puede hallar un acicate en la propia atmósfera oscura —¿y asfixiante?— de la caverna. El humo impide la respiración, obstaculiza el *pneuma*. El hombre espiritual (*pneumatikòs*) no llega a serlo a plenitud o muere:

y las manos ciñendo el aire impuro, el labio ciego,
las lunas olvidadas: inmóvil abeja cae.

(*Ibid.*, p. 50).

No puede volar, *ergo*, no puede vivir. Vida es movimiento y la capacidad transmutativa de la abeja depende de él. En «Melodía» se reitra el tema del humo, pero en su sentido creador: puede adctuar como aire, hacerle música. Es la «melodía de la sombra», y la pasividad, la pereza, el olvido, son sus atributos, según el poema describe. Es la trampa de la caverna. Una rara seducción se encierra en la sombra, que tienta a abandonarse a ella, incluso tienta de un modo más peligroso: ¿no es todo en suma oscuro, el Uno inaprehensible y las tinieblas de lo inmediato? ¿Abandonarse no es una fuente de sabiduría? Es la trampa de los alquimistas, a nuestro juicio. Lo que el guardián del umbral, como la esfinge, edípica, tiende al neófito «negando que al irse se desligue de la sonrisa en que muere su destreza» (p. 51). Es una verdadera operación alquímica sin embargo, extraer melodía de la sombra. «El humo hacia la flauta y olvido deseado» (p. 52), evoca las pinturas egipcias, donde la flautista introduce en el misterio por la «virtud del canto», que recogerían en Grecia los órficos. No hay contradicción entre este invisible conductor, que con severidad custodia la puerta invisible de la caverna, que juega con acertijos engañosos que salvan o confunden, y aquel que huye y se esconde y hace decir:

Buscando mis amores
irá por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los puentes y fronteras²⁷.

²⁷ San Juan de la Cruz: «Canciones entre el Alma y el Esposo». En *Obras*, pág. 474.

²⁸ J. Lezama Lima: «Diario...», págs. 121-122.

Es el anhelo que da fuerzas inusitadas, que caracteriza a esas personas que «buscan de todo corazón» a Dios, según Pascal, y que Lezama destaca²⁸. Pero en el caso del último, búsqueda de Dios es más bien, según en otros momentos se ha dicho, de lo Divino, remate de la trascendencia presente en la naturaleza y exterior a la vez a ella:

...dulce riesgo navega su desvío.
 ¿Soplada torre la frente sube
 desterrando al recuerdo en desvarío?
 Unido al jinete que más huye
 el recuerdo, pañuelo por el río.
 (*Vuelta del aire*, p. 52).

La memoria, de nuevo, es el arma para enfrentar el riesgo, para escapar de lo inmediato. No se acepta como última verdad la experiencia de la caverna, pues la memoria advierte que hay algo más allá. ¿Es esta una memoria personal o una memoria de la especie? Es, a nuestro juicio, ante todo la segunda, donde actúa «el pecado sin culpa, eterna pena» (*Invisible rumor II*, p. 61), personalizado de forma inevitable. Como Cintio Vitier afirma, el hombre se presenta aquí como el eterno desterrado (a la caverna, añadimos):

Desterrado se afirma y más sediento,
 o el aire devuelve lo que afina.
 (*Vuelta del aire*, p. 52).

La disfunción sugiere ese mágico toque de la trascendencia (Espíritu-pneuma) que «afina», liberando de gravedad, pesantez, al ser, sin lo cual el «destierro» no encuentra paliativo. Es sin embargo, personal el esfuerzo. El sueño no es sólo la estancia entre sombras, previa al «despertar». Es también la mágica forma de intentar *saber*, como el letargo cognoscitivo de la pytia entre los vapores de sustancias quemadas, cuyas emanaciones conducían al iniciado «fuera de sí». Como en el sueño platónico, el alma sale del cuerpo y vaga, reactiva una memoria más allá de los riesgos del voluntario vuelo de la imaginación. Una memoria, porque no todo sueño es idéntico. En «Figuras del sueño», la falsedad se revela a menudo. En «Fácil sueño», hay una angustia similar a ésta:

¿A dónde te escondiste,
 amado y me dejaste con gemido,
 como el ciervo huiste
 habiéndome herido;
 salí tras ti clamando, y eras ido²⁹.

No sólo le encontramos en uno de los niveles posibles de interpretación de «Ah, que tú escapes», sino aquí:

Su ausencia: desfile de un blancor de papel.
 Se ha ido, su presencia, un silbido
 le anuncia por los aires quemados.
 En la sombra, lento mana su latido.
 En el sueño, define sus muslos enjaulados.
 (*Fácil sueño*, p. 54).

O bien, ese soplo o presencia, que contagia su hermosura a cuanto toca, instiga a la *psiqué* a buscar:

²⁹ San Juan de la Cruz:
 «Canciones...», op. cit., pág.
 474.

Si su escala es borrosa aire en punto
por metáfora y viento contrapunto
que persigue su aliento y no lo toca.
Si lo toca se apresura la rosa, en el fruto
y por cadalso en la ascensión ya brota
líquida forma, mas su ausencia culpo.

(*Llovida*, p. 55).

El conjunto de los «Sonetos infieles» (los dedicados a la Virgen exigen un análisis independiente) tiende a presentar una imagen de la caverna platónica en todas sus dimensiones y de las formas de salir de ella, aunque otras lecturas resultan posibles. No hay escisión total entre física y metafísica en el neoplatonismo, y por ser el hombre un microcosmos, las búsquedas de sí mismo —en sueños o en evocación brotada de la angustia y presentada como *manía poética*, lo conducen a las claves del cosmos y a lo divino en todos los sentidos accesibles.

El sueño-estado afirma al hombre en lo inmediato. El sueño-manía poética, lo impulsa hacia «fuera» de la caverna, en un proceso incesante y también angustioso, pues burla las certezas:

yerto rumor si la unidad maduro,
nuevo rumor sin fin sólo presencio
lo que en oscuros jirones desafía

(*Invisible rumor*, III, p. 61).

El hombre lanza su flecha y cree haber atrapado lo absoluto («que fui tan alto, tan alto / que le di a la caza alcance»³⁰.) Llegará Lezama a esto por medio de las explosiones de mar y luz de «Único rumor». Pero aún apresura lo ilusorio, busca como la Esposa en las cosas «vestidas de su hermosura». Lo que en San Juan es clara y definida persecución de Dios (la que refiere Pascal) en Lezama lo es de las esencias tras las cuales está:

por el olor del fruto detenido
las manos elaboran un sentido
que reconstruye la sonrisa inerte.
Así la flecha sus silencios mueve
ciega buscando en la extensión de nieve
su propia estela como fruto y muerte.

(*Invisible rumor*, p. 60).

¿Por qué «fruto y muerte»? Porque alcanzar plenamente el objetivo es fundirse con el cosmos, dejar de ser individuo, morir para trascender. No es la muerte física por fuerza, aunque podría serlo. El «segundo nacimiento» es muerte del «hombre viejo», es constante renacer, en vida física o fuera de ella, como en los antiguos misterios. Lezama es también un gnóstico y, como tal, pretende alcanzar la sabiduría oculta, el misterio, y tras éstos, lo divino. El pensamiento de Basílides o de Basilio Valentín no le son en absoluto ajenos y coexisten con el agustinianismo, del mismo modo en

³⁰ San Juan de la Cruz: *Obras*, pág. 880.

que Agustín recorrió estas religiones de misterio para llegar al cristianismo. Pero si algo diferencia a Lezama de Agustín es que en este último, las verdades del cristianismo excluyen cualquier otra escuela: *Superan las más altas* (las del platonismo) y *niegan* las restantes por supersticiosas, extasiadas en el detalle, que fetichizan, sin remontarse a los principios (ejemplo, el pitagorismo)³¹. En Lezama se cumple lo que Agustín critica (*op. cit.*, VIII, p. 12-13): que el reconocimiento de un solo Dios verdadero no niega la teología natural, por la cual, númenes, dioses, *daemones* (no demonios en el sentido cristiano) coexisten con Dios y pueden ser incluso vías de acceso a Él, siempre que se las rebase (recordemos sus bromas sobre lo vacío del infierno). Además: «la mansión de los dioses es el cielo; la de los hombres, la tierra y la de los *daemones*, el aire.»

«Como es diversa la dignidad de los lugares, así lo es la de las naturalezas»³². ¿Hay o no heterodoxia en una religiosidad católica en este caso que, de manera consciente y nada popular, amplía las nociones de trascendencia y divinidad de tal modo?

Los cisnes serán excesivamente crueles, vivirán después de Nemósine
y Júpiter, entregarán el plumaje por el espejo mentido,
por ilustres mareos o la vida mentida en los ojos de las cigüeñas.
Ya no hay más que empezar a contar para sentir la alegría final,
si empieza por un paseo con una maldición.
Los oidores sollozan ante el follaje de las paradojas.

(*Fiesta callada*, III, p. 67).

Trascender la caverna es no sollozar más ante las paradojas, sino reconocerlas como uno y lo mismo, reconstruir su origen, su unidad primitiva.

Por eso la tercera parte de *Enemigo rumor* ya no es el rumor *invisible*, sino el único. Se sabe que es *único*. Se ha «visto». La inmensidad de los espacios se despliega de forma grácil, imponente, pero no aterradora.

Más que lebrel, ligero y dividido
al esparcir su dulce acometida,
los miembros suyos, anillos y fragmentos,
ruedan, desobedientes son,
al tiempo enemistado.

(*Noche insular...*, p. 86)

Al romperse el huevo órfico no hay tridimensionalidad temporal. El tiempo es tan gnóstico como el espacio. Lo saturnino vendrá después. Ahora «el mundo suave despeza / su casta acometida» (p. 87) y hay el éxtasis del que contempla, la fusión con un misterio dulce y no temible; es la orgía de los elementos y su contemplación extática, un restablecimiento del Paraíso Terrenal en forma de teogonía y cosmogonía de acuerdo con los órdenes de seres a los que se refería Agustín: «Inadvertidas nubes y el hombre invisible» (p. 90) «la mar inmóvil y el aire sin sus aves / dulce horror al nacimiento de la ciudad / apenas recordada» (p. 90).

³¹ *San Agustín: La ciudad de Dios*. B.A.C., Madrid, 1958, Libro VIII, págs. 1-13.

³² *San Agustín: Ibid.*, pág. 542.

Es el «dulce horror» del Eros que conduce al recuerdo, a la Unión, a entrar «desnudos» en los «lechos marmóreos», *quasi modo geniti*. El Eros torna el terror cósmico en deslumbramiento y dicha ante todo lo existente, que coexisten sin temor. El océano primigenio fecundado produce dioses, *daemones* y la danza cósmica que también evoca el sueño de Brahma, no ajeno a los místicos en los cuales medita Lezama:

La mar violeta añora el nacimiento de los dioses,
ya que nacer es aquí una fiesta innombrable.

(*Ibíd.*, p. 90).

Lourdes Rensoli Laliga

